

LA SEGUNDA EDICION DE ZAMA (1967)

Los antiguos, buenos observadores, sabían que en las edades del hombre hay años de particular peligro. Una de esas etapas insidiosas era, si no me equivoco, el final de la treintena; otra, la entrada en los sesenta. Algo semejante le sucede a los libros, quizás para que tomemos un poco en serio su tan proclamada condición de obras humanas. Entre la primera y la segunda edición, el brillo de la mera novedad se ha ido gastando. Salvo casos excepcionales, el tiempo no alcanza para que los libros lleguen a la zona apacible y un tanto ambigua de las consagraciones. A la segunda edición no acudirán los ávidos de estar al día ni los del otro bando: los que sólo se deciden a comprar y hasta a leer una obra cuando exhibe alguna garantía de clásica.

Por lo que toca a *Zama*, estas incómodas alternativas no son inquietantes. La segunda edición no obedece a un azar o una rutina. Es una novela cuya reaparición en las librerías era previsible y justificada. Ahora, con la segunda edición a la vista, no sólo confirma calidades que se le reconocieron en 1956, sino que estos once años la han enriquecido. *Zama* desprende nuevas incitaciones, nuevos interrogantes, nuevas desazones. Hay que leerla y vale la pena releerla.

El contexto en que ahora habrá de funcionar *Zama* ha variado de manera notoria. La faz social de la literatura argentina y, en general, latinoamericana es otra. El proceso se ha cumplido hacia dentro y hacia fuera. Con aceleración impresionante los escritores de estos países se dirigen a un público creciente que cuenta efectivamente con ellos. Está en vías claras la afirmación de una comunidad literaria en nuestro idioma. Todo parece indicar que pronto parecerá remota la que se dio en llamar la condición fantasmal de los escritores argentinos. La propia calificación, que circuló hacia el cuarenta y tantos, tiene estilo de época. Pero hay algo más. Correlativamente con el público interno, llamémoslo así, crece también la atención en otros continentes, en otros idiomas. Este aspecto del proceso invita, sin duda, a la cautela. No confundamos un optimismo perfectamente explicable y aún necesario con realidades. Creo, sí, que lo que queda de exotismo en el interés europeo por nuestra literatura de ahora desaparecerá en plazo relativamente corto si las obras traducidas son elegidas por su riguroso mérito. Desde 1956, Di Benedetto

ha avanzado hasta un lugar de primera fila. Junto con la segunda edición de *Zama* fue publicada ya su traducción alemana.¹ En una y otra vertiente del proceso, la reaparición y la traducción corroboran y suscitan esperanzas.

Novelistas tan dispares como Walter Scott, Dumas, Sienkiewicz, el Anatole France de *Thats* y el Larreta de *La gloria de Don Ramiro* coinciden en un recurso que molesta a los lectores actuales y que no pasó inadvertido a los contemporáneos. Llevados por un propósito de reconstrucción del pasado se inclinan a tratar por separado los personajes y el contorno. La descripción detallada, que abunda con frecuencia en el pormenor arqueológico, se extiende, a su vez, a los personajes. Éstos nos son presentados antes de que actúen. Se nos proporciona en ocasiones un detallado *curriculum vitae* al cual se añade la presencia física, la indumentaria, la acotación psicológica y un anecdotario. No sobra recordar que los naturalistas aumentaron estas generosidades informativas. La novela histórica, en suma, dedica una proporción excesiva de páginas a prolegómenos y marcos de la novela que no acaban de fundirse con la novela misma.

Zama, que transcurre a fines del siglo XVIII difiere sistemáticamente del género que tiene sus comienzos y modelos en el siglo XIX. En este sentido no es una novela histórica. Empieza en 1790 en una ciudad que no se nombra. Las casas, los otros hombres, el paisaje, el contorno entero que desde la ciudad se manifiesta, se hacen con la vida de Diego de Zama. Zama y la tierra que pisa son inseparables y hasta indiscernibles. No se trata de un escenario sino, en la acepción de Ortega, de una cabal circunstancia. Esta interpenetración esencial y en marcha se advierte desde las primeras líneas.

“Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de la legua arriba.

Entreverada entre sus palos, se manea la porción de agua del río que entre ellos recae.

Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrepito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no”. (p. 5).

1 Antonio Di Benedetto, *Zama* Nueva edición corregida por el autor Buenos Aires. Centro Editor de América Latina S.A., 1967. *Und Zama wartet.* Autorisierte Übersetzung aus dem argentinischen Spanisch unter Berücksichtigung der vom Autor für die Neuauflage 1967 vorgesehenen Änderungen von María Bamberg. Tübingen. Horts Erdmann - Verlag.

La narración procede así por cuidadosas incertidumbres, construye mediante un juego de entrecruzadas y fluidas alusiones. El perfil indeciso de las frases quizás desorienta al pronto. Eluden la sintaxis rotunda, parecieran buscarse a medida que las leemos. Se trata de una decisión congruente con lo dicho acerca de la circunstancia y, salvo pequeños reparos, admirablemente ejecutados. Di Benedetto ha logrado que tampoco las palabras obedezcan a una estructura impuesta de fuera al mundo de la novela. No sé si sería exagerado afirmar que tenemos un estilo no para la novela sino desde ella. Porque esta adecuación original no consiste en la transcripción del modo de hablar de los personajes —uno de los grandes problemas de la novela histórica corriente— ni siquiera en una sugestión de la fisonomía interior al modo de la novela psicológica. La lengua literaria de *Zama* acepta como principio la prescindencia lo más absoluta posible de toda intención imitativa. Su relación con lo que cuenta podría expresarse con referencias musicales. Prefiero no abusar de estos símiles. El estilo de la novela es precisamente su protagonista, el doctor Diego de Zama y, si me he explicado, en él se hace con nosotros la novela. Porque *Zama*, al introducirse de golpe en un mundo sin guías turísticas ni cartas de recomendación, nos impone una convivencia de partes responsables, no de espectadores fuera del contexto. Esta participación constituye uno de los rasgos distintivos no ya de la literatura, sino de todo el campo estético contemporáneo. Traduce una actitud fundamental que también ha sido y sigue siendo inquirida por la filosofía y que condiciona de manera variadísima las ciencias todas. En la narrativa, uno de los intentos más interesantes de interpretar este dinamismo inexorable del siglo XX es la llamada novela objetiva. Todo esto no va encaminado sino a reconocer la innegable actualidad de la visión de *Zama*, de su técnica, de su estilo. Pero me parece mucho más importante destacar que Di Benedetto no ha caído en excesos de oficio. *Zama* no es un ejercicio de taller o una muestra de que su autor está muy versado en las últimas recetas. Para decirlo de una vez, me disgusta que se insista demasiado en que *Zama* es una novela precursora de la novela objetiva. Me parece injusto. Hasta no hace mucho los argentinos se complacían, confesándolo o no, en ser los primeros y más perfectos discípulos de lo que se escribía, pintaba o componía en otras partes. No caigamos ahora en la vanidad opuesta e igualmente empequeñecedora. No nos pongamos en precursores a todo trance.

Zama ofrece una versión admirable de uno de los motivos en que se reconoce nuestro tiempo. Diego de Zama es un hombre incapaz de vivir en los lugares que habitaba y que se decía apostar su vida a otros lugares. Al parecer, no tiene imaginación ni valentía para trocar sus anhelos en proyectos. Los años, los días, los instantes se le van en un vaivén cotidiano indescifrable. Sospecha que él, Diego de Zama, consiste cruelmente en esa indeterminación contradictoria y muy a menudo humillante. Pero vacila en hacerla suya: todo se le vuelve ocasión para no decidirse. Lo mismo una mujer que no ama que

un empleo honroso que no llega o un plato de comida en la taberna sórdida. Que el motivo nos hable tan íntimamente a los argentinos no debe hacernos olvidar que es una de las figuras ineludibles de la condición humana.

A ratos pienso que Diego de Zama se disolvió entre los hombres y las cosas porque creía que alguna vez podemos tener el mundo como tiene agua el pez y ondas el agua. Pienso también que la coincidencia de su apellido con una batalla ilustre no se agota en la homonimia casual o ingeniosa. Las historias escolares enseñan que en Zama se jugó la suerte de Roma y con ello la nuestra. Agreguemos que la batalla de Zama persiste en el recuerdo por el esplendor de Aníbal, el vencido.

ADOLFO RUIZ DÍAZ